

Gerardo Deniz:

El poeta del contra- crepúsculo

Fernando Fernández

Al declararse desierto el Premio Aguascalientes 2008 de poesía, el más importante de nuestro país, el jurado decidió otorgar el galardón a Gerardo Deniz. Dueño de una incuestionable originalidad, autor de libros como Adrede, Gatuperio y Grosso modo, entre otros, el poeta y traductor hispanomexicano ha logrado combinar la erudición con el fino y sutil escanciado de los versos. Fernando Fernández rinde en este texto un homenaje a su obra.

Un amigo dijo que había visto en el índice de un libro el título de un poema igual al suyo y que por eso lo había comprado; sorprendido por el hallazgo, me lo ponía delante e insistía en leerme algo de él. El poema se llamaba “Vivisección” y era de un autor de nombre extraño: Gerardo Deniz. Imposible mayor diferencia entre los dos poemas: mientras el de mi amigo describía, con recursos aprendidos en Octavio Paz, el recorrido de un caracol por el filo de una navaja, el de Deniz, no obstante que comenzaba con un par de versos atractivos, “Guapo de Rakotis, ahora sí que delinquiste / (y la justicia helenística es cruel)”, me pareció

que se desarrollaba con demasiada complejidad, acaso caprichosamente. No me sorprendió que mi amigo se sintiera atraído por aquel poeta: si bien compartíamos una filia por encima de las demás, la de la poesía del Siglo de Oro español, él sentía debilidad por ciertas debilidades barrocas, como aquella que citaba de tarde en tarde, disfrutándola siempre, el retrato de Júpiter debido a Góngora:

Ministro, no grifaño, duro sí,
que en Líparis Stéropes forjó
(piedra digo bezahar de otro Pirú).



Gerardo Deniz con Fernando Fernández en el Zócalo, 1990

Pero mi amigo estaba encandilado sobre todo con otro poema de ese mismo libro llamado nada menos que “Cultura”. Julio daba el penúltimo sorbo a su café exprés, encendía el enésimo Delicado oscuro, y leía:

Silla de montar sudada, de cuero rojo incrustado de
[canicas y piedras únicas;
puera albina maxmordona (sin la dichosa cubatura
[de la marrana auténtica) con
un ojo azul y otro saltado, con huesos de un
[marfil que sólo ataca el
disolvente universal del fanatismo.

De entrada, el poema parecía, más aún que “Vivi-sección”, caprichoso, lleno de referencias extrañas, innecesariamente complejo. Con todo, picado por mi sentido editorial, conseguí el teléfono de su autor, le llamé para pedirle una colaboración para una revista universitaria que hacía con aquél y otros amigos, y un viernes gris fui a visitarlo a su departamento en el número 36 de la calle de San Antonio, en la colonia Ciudad de los Deportes.

Esquivo, áspero, huraño: los adjetivos con los que se me describió, que bien correspondían con su retrato en la contraportada de *Mansalva*, donde aparece es-

cuálido casi, con aire de laboratorista y cara de pocos amigos, encarnaron en un hombre de gran tamaño que vivía en un departamento pequeñito y oscuro que daba al eje vial, entre estanterías metálicas cargadas de libros, en compañía de un gato de nombre ruso infinitamente más huraño que él. Pasados unos instantes de embarazo, Juan Almela, como me dijeron que se llamaba en realidad y como me cuidé de llamarlo, se acomodó en un sillón más bien incómodo debajo de un retrato de Dumézil y otro de Bartók, en tanto me ofrecía ocupar otro al lado de él.

De aquel primer encuentro lo que más me llamó la atención no fue su peculiarísima manera de expresarse, cargada de ironía y sentido común, sino su impresionante memoria, que luego confirmé que se extendía al resto de los temas de este mundo, pero que entonces, quizá como respuesta a preguntas mías, hizo alarde en el relato de algunos pasajes de su vida de los que daba fechas casi siempre para situar infortunios y desengaños, una suerte de cronología de la desdicha que fue desgranando a lo largo de tres horas largas y que me hizoirme de aquel departamento con una mezcla de simpatía súbita, desconcierto, pasmo, curiosidad, sorpresa.

Entre otras cosas, esa vez Almela me contó que no hacía mucho había sufrido un desprendimiento de retina y que durante las largas horas de los interminables días que el accidente le hizo pasar en cama, con los ojos cerrados, y que precisaba con lujo de segundos, había concebido un puñado de poemas que pasó al papel prácticamente sin vacilaciones nada más recuperada la posición vertical. *Grosso modo*, el cuarto de sus libros, aparecido poco después, abría con esa serie llamada “Fosfenos”, echando mano de una palabra que él mismo definía, me parece que mejorando el diccionario, como “falsas sensaciones lumínicas producidas en la retina”. Fue en uno de aquellos dieciocho fosfenos donde leí los primeros versos suyos que realmente me atraparon.

La imaginiería de la serie, buen ejemplo de la almeliana en general, y que sitúa al poeta lo mismo en Aguascalientes que en Roma, en Siracusa que en el Distrito Federal, atravesando la frontera soviética en una alfombra voladora que en la consulta del doctor Freud, nos lo muestra al lado de su musa Rúnika reco-

Deniz aprovecha el desfiguro que ha provocado al combinar una palabra que usa en forma irónica con otra que parece en desuso.

riendo una calle de la colonia San Rafael. Al llegar al lugar donde antaño estuvo una tienda de disfraces llamada El Suplente, exclama:

Allí alquilaban ropas insólitas, fraques y futraques, atuendos de odalisca suripanta, de margrave.

¿Qué fue lo que tanto me gustó, lo que tanto me gusta de ellos? De entrada, el ritmo, que me parece perfecto; las palabras, por otro lado, hacen un conjunto claro y legible, quizá porque la deriva entre términos usuales e inusuales resulta muy lograda; incluso creo que está conseguida la rima, en un autor en el que ése es sólo un recurso entre otros. Sin duda porque son un ejemplo, a pequeña escala si se quiere, de algunos de sus mejores recursos, y éstos aparecen en ellos de manera serenada, puestos en orden, hasta diría que dotados de un cierto aliento clásico, esos versos fueron la grieta desde donde pude asomarme a su obra con la perspectiva correcta por primera vez.

Pero vayamos por partes. El planteamiento no puede ser más claro: “Allí alquilaban ropas insólitas”. Esta oración nos prepara para escuchar un pequeño catálogo de palabras que representan disfraces conformes con lo insólito de su realidad. El primer par es “fraques y futraques”. La relación entre estas palabras da cuenta del tipo de subversión lingüística que acostumbra Deniz. Se trata de voces emparentadas por su sonido y su origen y hasta porque significan algo similar; así, una da pie a la otra y se enlaza con ella en un movimiento que se me antoja de oscilación. “Fraques”, que ejemplifica el casticismo a veces exagerado de la Academia, que pretende que todo puede ser adaptado sin merma al español, es el plural, incorporado en Deniz por el coloquialismo irónico, de la palabra “frac”; lo estupendo es que antecede a otra, “futraques”, que tiene toda la pinta de ser un neologismo y que sin embargo, porque significa “levita”, no lo es. Es decir que, mientras que la palabra que nos suena conocida, siquiera por el uso coloquial, no existe sino de manera irónica, la que le sigue, que nos resulta novedosa, extraña, loca, tiene un pequeño historial documentable dentro del desarrollo de la lengua, su propia entrada en el diccionario y un lugar en la tradición.

Muy en su estilo, Deniz aprovecha el desfiguro que ha provocado al combinar una palabra que usa en forma irónica con otra que parece en desuso, e introduce un verso de medidas y acentuación canónicas, “atuendos de odalisca suripanta”, que es un ejemplo de claridad tradicional en medio del desconcierto, si puedo ponerlo así, del habla contemporánea. Aunque en otro sentido, es lo mismo que sucede en el retrato de Júpiter que fascinaba a mi amigo, donde a los complejos versos “Ministro, no grifaño, duro sí, / que en Lípa-

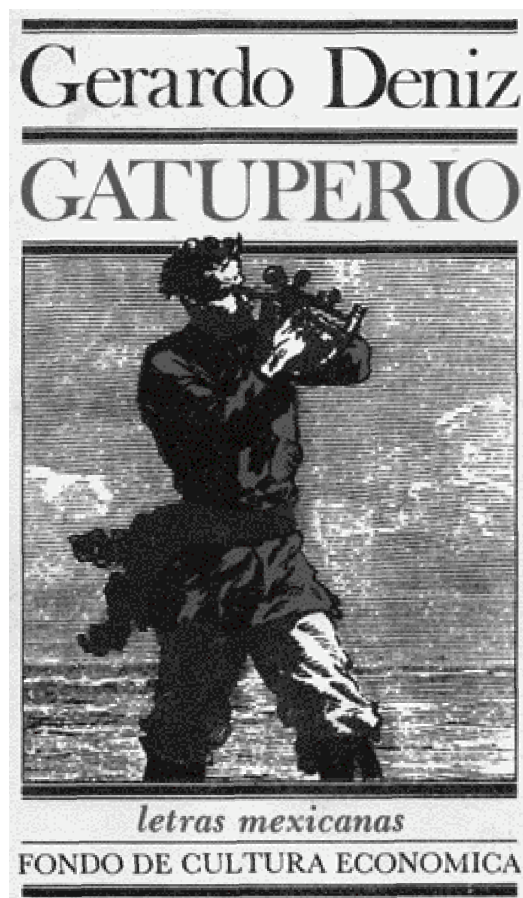
ris Stéropes forjó / (piedra digo bezahar de otro Pirú)”, Góngora hace seguir uno de meridiana sencillez:

las hojas infamó de un alhelí.

Pero el último momento del segundo verso, el que remata el conjunto, “de margrave”, es ya el que me fascina, y, puedo decirlo con toda exactitud, el que me hizo admirador de este poeta. Venimos de escuchar “futraques”, “atuendos”, “odalisca”. Esas palabras están en el mundo; en principio, no son poesía; sin embargo, no son del todo prosaicas. La palabra “margrave”, adaptación al español de un título principesco alemán, me resulta, en ese contexto, sumamente poética. Escúchese si no:

Allí alquilaban ropas insólitas, fraques y futraques, atuendos de odalisca suripanta, de margrave.

Por aquellos días yo acababa la carrera de letras y mi proyecto de tesis, que tenía bastante adelantado, era el análisis de un libro de Juan Ramón Jiménez. Nada más empezar a tratar a Almela, cambié de opinión y me propuse hacerla sobre su obra. El método, la glosa de poema a poema que había ideado para trabajar el libro



de Juan Ramón, y que resultaba sobrada para entender los métodos de la poesía pura, se volvía muy útil para abordar la obra de un poeta de la complejidad de Deniz. Tomaría de cada uno de sus libros, los publicados hasta entonces, una sección, y la trabajaría a detalle, verso a verso, y, si era necesario, y con frecuencia lo era, palabra por palabra.

Así, a partir de que logré convencerlo de ayudarme, no sin recibir sus frecuentes advertencias, que para recordármelo está la dedicatoria en mi ejemplar de *Grosso modo*, en la que me describe como “aventado” e “irresponsable” por mi decisión de defender su trabajo ante un tribunal académico, visité a Almela la gran mayoría de las semanas de todo un año, en sesiones de tres partes: en la primera, comentábamos el capítulo que le había entregado siete días atrás; en la siguiente, él hablaba y yo anotaba lo que me iba explicando de cada poema, siempre a preguntas mías; en la última, nos dábamos un discreto banquete, casi todas las veces de exquisiteces extraídas de latas y frascos, que invitaba él, bañadas generosamente en vino. Juan, que vivía en aquel departamento lleno de muebles no todos en el mejor estado, y en el que hasta el minúsculo refrigerador descompuesto servía de archivero, celebraba mucho su idea de suplir la pata que le faltaba a la mesi-

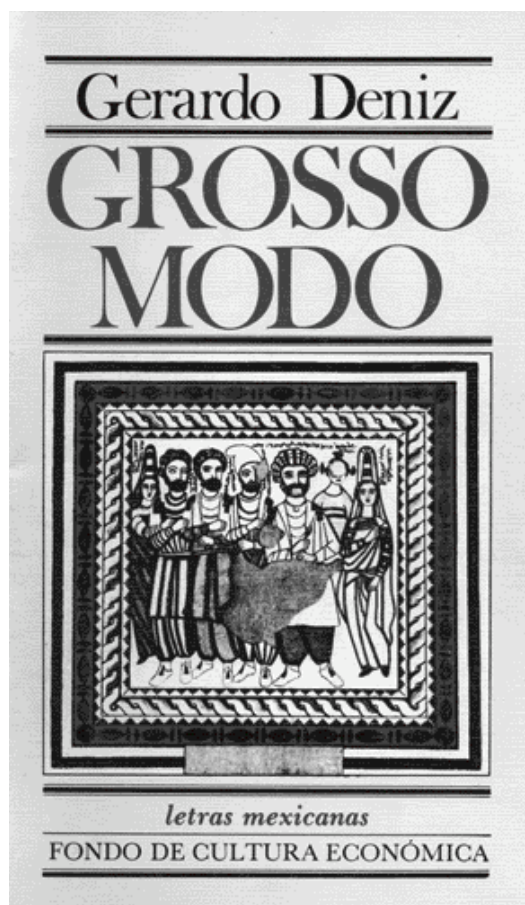
ta de la sala con varios tomos de las obras completas de Alfonso Reyes.

Vacunado contra los prejuicios en los que no pocos buenos lectores han quedado varados, capaz de apreciar una belleza que al principio se me resistía, me vi en una privilegiada posición: con la ayuda del propio poeta, que aclaraba voces, pasajes, poemas enteros, lo que le daba la oportunidad de evocar situaciones de su vida no pocas veces de manera comovedora, y a mí la invaluable de asistir con los oídos bien abiertos a su taller poético, empecé a saborear, en tanto que se me ofrecían todos los ingredientes, ese margen de incomprensión que a partir de cierto momento no sólo no me molestaba sino que empezaba a parecerme necesario. Con esa perspectiva, digamos que desde el cabo opuesto de la calle, se me empezó a revelar la atracción irresistible de versos, para no ir más lejos, como el primero que había escuchado: “Guapo de Rakotis, ahora sí que delinquiste / (y la justicia helenística es cruel)”.

Y de ahí para el real: “Ludión a gusto entre el cieno rico / en materia orgánica”, para describir a una rana: o los que tanto gustaban a Salvador Elizondo, mi profesor de entonces, que insistía en el dejo, como de poeta medieval, que había en el nombre de Juan Almela, y de paso en su obra: “Cónclave de relapsos mudando de pluma en este friso de vidicta pública”. Y otros, muchos, hallados nada más abrir sus libros, aquí y allá: “A veces, alejándome en mi celerífero / que trocaré pronto por una draisina”. O: “Los tranvías trasnochados luciendo su celoma deslumbrante y vacío”. O éste, delicioso: “—Sírvete, Horacio; toma, Lucano, que le toque una cereza a Saladino”. Y hasta este otro, meramente vocativo: “Oh! Sophonisba, Sophonisba, Oh!”.

Con todo, si debo pensar en un solo poema, suelo recurrir a “Norte”, uno de los más nítidos, que analicé detenidamente entre otros muchos en mi tesis. Despojado de recursos evidentes, tropos, erudiciones, referencias, ironías, nos deja apreciar el género de sensibilidad que subyace en muchos poemas de Deniz. El poeta vuelve al escenario de su felicidad pasada, y reconstruye, entrelazando el pasado y el presente, sus sentimientos de entonces y ahora:

Ésta era tu casa,
 en donde nunca entré,
 que nunca vi de día
 cuando hace siglos te acompañaba, tarde,
 esperaba que entrases en la puerta donde me he detenido
 [nido
 y volvía, húmedo de ti aún a través de la noche blanda,
 [segura,
 porque la certidumbre de tu vida y de tu carne
 era un arroyo de leche prodigiosa y confiada.



El poeta vuelve al escenario de su felicidad pasada, y reconstruye, entrelazando el pasado y el presente, sus sentimientos de entonces y ahora.

Ahora es mediodía, azul y nubes;
me da vértigo entender de pronto
que esta calle que hasta hoy no conocí a la luz
fue tuya antes de hallarnos;
luego llegué y dudabas, recorriste esta acera
semanas, pensando a qué extraña nueva prueba some-
[terme;
quizá mirabas aquel balcón de esquina al decidirte
y la siguiente noche que nos trajo aquí juntos
nos había encontrado mezclándonos lejos.

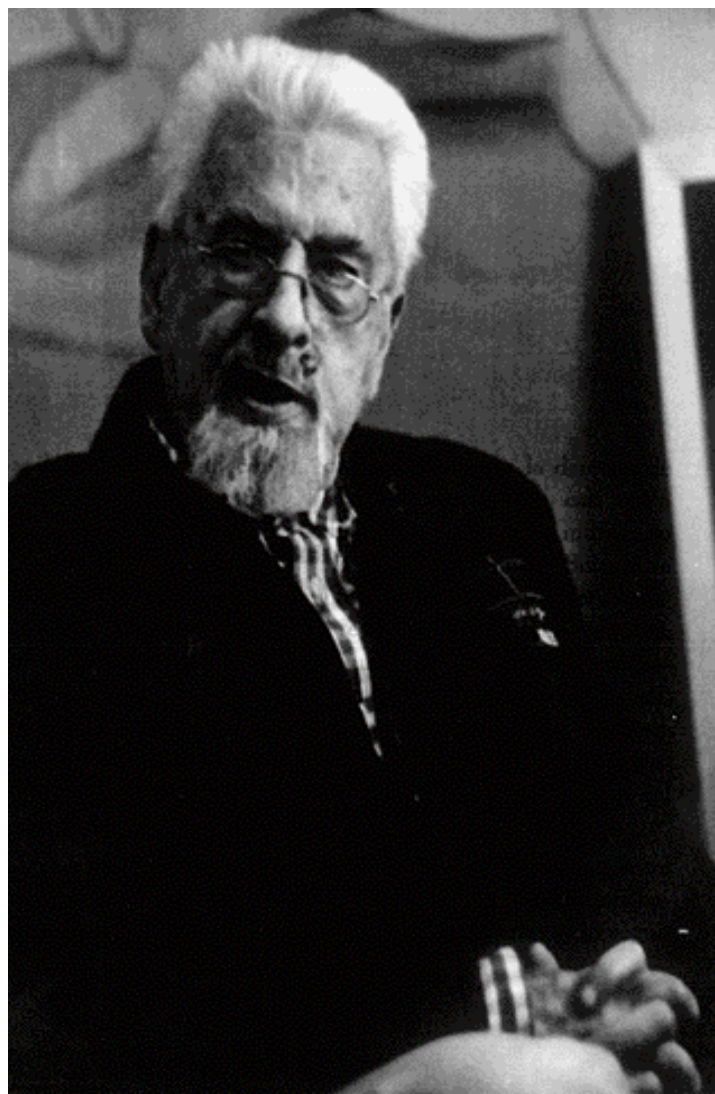
Dormiste aquí adentro entonces como en toda otra
[fecha:

¿qué repasabas al unir los párpados?
¿qué al despertar en un domingo igual a éste?
Saliste, y quien pasara te siguió con la vista deseándote.
Por donde ahora me alejo me llevaste en los ojos, los
[oídos, en la piel, en las vísceras.
Algo de mi sustancia se hacía matiz tuyo
en el albor de nuestro primer año.

No mucho después de titularme le dieron a Almela el premio Xavier Villaurrutia, compartido con otro poeta, decisión que resultó polémica. El día de la premiación, él, que hablaba por vez primera en público, hizo una suerte de apostasía de la literatura que dejó perplejo a más de uno. De paso dijo que si le hubieran asegurado años atrás que lo iban a premiar por su cuarta o quinta vocación, no hubiera dado crédito. Todo hubiera transcurrido en la más mexicana de las indiferencias si no fuera porque cierta escritora, que no tenía vela en el entierro pero que estuvo en la ceremonia, no hubiera tenido la mala idea de asomarse a los versos de nuestro poeta. ¿El resultado? Que no pudo con tanto jeroglífico y escribió en el periódico una soflama contra lo que rodeó a aquel premio: describió el discurso de Juan como “asaz desagradables palabras al final de la ceremonia” y fue a decir que de sus poemas ella podía hacerse veinte al día. Por último se metió contra la apariencia de uno de los jurados, el que debe haber peleado por que se premiara a Deniz. Incluso a mí, que algo había opinado, me llamó al orden, diciéndome que no debía meterme con gente,

así dijo, con más gobierno que el mío. Pero todo valió la pena por la respuesta de Almela, que le espetó un par de poemas, uno particularmente logrado, llamado “Fecal”, una indagación de la naturaleza de la deposición de los seres mitológicos.

Es significativo que el más original y poderoso de nuestros poetas haya recibido apenas un par de reconocimientos, en este país en el que hay más premios



Gerardo Deniz

de los que necesitamos y casi no hay un principiante discutible que no acumule cuatro o cinco, a veces consecutivos. Pero más significativo es que las dos veces se haya producido un revuelo público. La primera, es cierto, el sismo no pasó de la esquina y tuvo la ventaja de que se centró, aun a costa de reprobarlo, en su trabajo literario. Pero ahora que un jurado decidió declarar desierto el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes y dar el reconocimiento a Deniz, las cosas fueron demasiado lejos. Más allá del fondo de la controversia, resultó llamativo el oportunismo de quienes se cuidaban de hacer las afirmaciones del caso, sin ahorrar en elogios, llamándolo nada menos que poeta mayor de la lengua, el más grande de México, merecedor de todos las distinciones, del rango de creador emérito y el Premio Nacional de Ciencias y Artes, me temo que para no contradecir una verdad comúnmente aceptada a la que la mayoría de ellos no llegó por su propio pie, y sólo para pasar al desahogo de intereses personales y mezquindades. ¿Dónde estaban ellos mismos cuando hace tres años se publicó la poesía completa de este autor, verdadero acontecimiento literario que no causó sino tres o cuatro notas dispersas?

Con todo, hubo una ventaja: nos vimos como somos en realidad. Y quizás otra, dolorosa: Almela quedó fuera de la discusión, lo que vuelve a mostrarnoslo como es, y a subrayar su naturaleza de poeta a

contracorriente, y lo devuelve a su sillón más bien incómodo de tramador de escrituras ríspidas dado a la rumia profusamente datada de su biografía, a sus químicas y sus filologías, a su Dumézil y su Bartók. Cuando más arreciaba la palabrería, me imaginaba a Juan, protegido bajo el techo familiar de éstas y otras lluvias acedas, pero dejado oportunamente de lado, apartado del interés auténtico, preterido, y me venía a la mente la rotunda cita de Sartre a propósito de Baudelaire:

La contingencia, la injustificabilidad, la gratuidad asedian sin tregua al que intenta hacer surgir en el mundo una realidad nueva. Si es absolutamente nueva, en efecto, nadie la reclamaba, nadie la esperaba en la tierra y sigue estando de más, como su autor.

Pero sobre todo volvía a mí el poema que supuso la conversión de mi amigo Julio, aquél que se llamaba “Cultura”: Almela podía vivir ajeno a lo que su premio estaba suscitando porque hacía mucho que se había manifestado acerca de lo que ocurría a su alrededor, fenómeno que bien podría describirse como “puerca albina maxmordona (sin la dichosa cubatura de la marrana auténtica) con un ojo azul y otro saltado”, o de otra manera, igual que el título de su poema, simplemente llamarse “cultura”. Es en él donde le dice, con gran verdad:

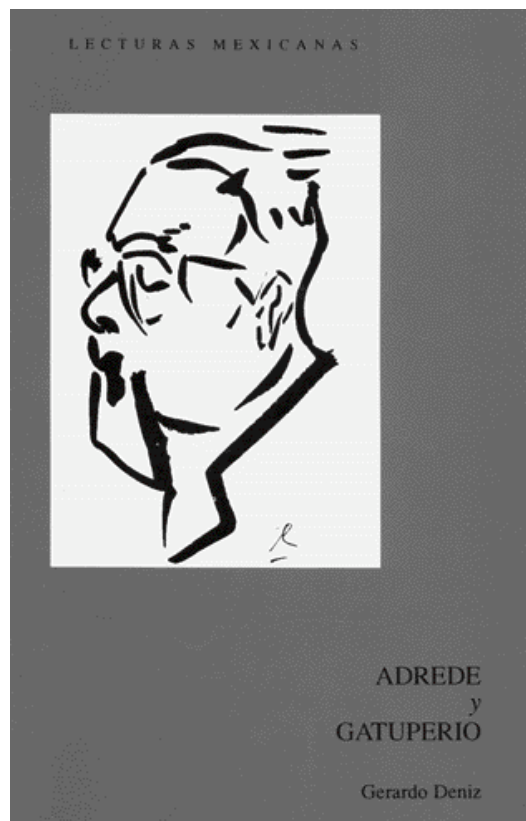
serías querible sin tanta farsa que atrajo a huéspedes
[infames, y los alojaste por
incurable chifladura.

Y así como López Velarde le dice a la Patria que le gustaría robársela montado en un garañón, y con matraca, y entre los tiros de la policía, Almela le dice a la cultura:

Vámonos a echar corcovia, vámonos una noche,
[sin que nadie se entere,
dejando la academia a los macacos.

Y por último:

Vámonos a equivocarnos de otras maneras.
Que ellos sigan la opereta de la toga y el birrete, la
[venera y la muceta, el
congreso y los viáticos. Lo han ganado; lo
[desean. Qué ocasión.^[1]



Texto leído en la mesa redonda en honor a Gerardo Deniz, en el patio del Centro de Investigación y Estudios Literarios de Aguascalientes, en esa ciudad, el 21 de abril de 2008, la víspera de la entrega del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes.